

**Premios « Camilo José Cela »
de Cuentos**

**Un viaje iniciático:
Barcelona-Estocolmo en tren**

LEMA: SUBUR

PREMIOS DEL TREN 2003

Fundación de los Ferrocarriles Españoles

Era un 23 de marzo, y además sábado, hacia tiempo que lo planeaba, parecía absurdo, pero Arnau al final lo conseguiría, no, no era imposible.

Pero, ¿ qué es lo que no era imposible? , Arnau se lo había comentado muchas veces a sus amigos, atravesar Europa en tren llegar hasta los confines de los países escandinavos, cruzar la vieja, o no tan vieja Europa.

La oportunidad había llegado extrañamente, casualmente, veamos: uno de los hijos de Arnau que estaba estudiando en la Universidad en Barcelona, había conseguido ir de intercambio por un semestre, el último semestre de la carrera a una de las mejores escuelas de negocios de Europa, la famosa “Copenhaguen Business School”, y evidentemente la oportunidad de visitarlo en primavera, era la excusa perfecta, que más se podía pedir, hacer de buen padre y conseguir..., conseguir el sueño, el mito.

Arnau era un directivo de empresa, extrañamente intelectual, con una gran curiosidad por casi todo, preferentemente la historia. La historia como conocimiento de donde venimos e instrumento de proyección hacia donde vamos. Evidentemente, algún defecto tenía que presentar, su sensibilidad artística era francamente baja, su nerviosismo era evidente al escuchar una ópera, o al visitar una exposición de pintura, por ilustrar sólo con dos ejemplos.

Inmediatamente empezó a estudiar nuevamente los temas en que podía avanzar en el conocimiento, a lo largo de su casi inmediato viaje, la cabeza le hervía, ¿a qué debía dedicar su esfuerzo?, los godos, la Orden de los Caballeros Teutónicos, los vikingos.

Los famosos visigodos que había estudiado en la historia de España cuando era pequeño, cuando le contaban que habían venido del Norte, ahora sabía que provenían de Gothland (la tierra de Dios), una preciosa isla en el mar Báltico, delante de la costa de Suecia. De allí, habían salido los godos, para después de cruzar el Báltico seguir las orillas del Danubio, prácticamente hasta el Mar Negro, donde se habían separado en ostrogodos (los godos del este) y visigodos (los

godos del oeste), que después de saquear Grecia, habían empezado su camino de vuelta hacia el oeste, alcanzando su máxima gloria con el saqueo de Roma liderados por Alarico en el año 410.

Pero un momento..., si habían saqueado Roma en esta época, ¿qué había pasado con el tesoro que los romanos se habían llevado de Jerusalén?, si del Templo de Salomón, cuando destruyeron el reino de los judíos el año 70 dC. Aún hoy en Roma, puede verse el Arco de Tito, sólido arco triunfal que se le dedicó por su gesta en Jerusalén, y allí, si allí en la piedra figura que los romanos se trajeron como botín la “menorah” el famoso candelabro de siete brazos del Templo, y la Mesa de Salomón donde se ofrecían los panes azimos como recita la Biblia, y quien sabe si el Grial.

Arnau descubrió con terror que pensando en que tenía que investigar estaba a punto de perder su primer tren, un moderno Talgo que lo conduciría durmiendo de Barcelona a París en su primera noche de viaje. Corriendo cerró la maleta, recogió a su esposa y pidió al taxista que acelerase hacia la estación de Barcelona-Sants, a ver si después de tanta historia y sabiduría conseguía no perder el tren.

Puntual como siempre el Talgo llegaba a la mañana siguiente a la estación de París, la conocidísima Gare d’Austerlitz. Arnau quería intentar visitar la Biblioteca Nacional de Francia donde se conservaba uno de sus mitos: el Atlas Catalán del judío mallorquín Cresques Abraham, el primer y más completo atlas del mundo, escrito y dibujado sin salir nunca de Mallorca, tal era la posición central de la isla en el tráfico mediterráneo de la época, que solo con lo que contaban los marineros se podía dibujar el mundo.

Un hijo de Cresques, Yahuda Cresques huyendo del asalto a la judería de Ciudad de Palma, se puso al servicio del rey de Portugal, Enrique el Navegante, si el mismo que creó la Orden de Cristo, como sucesora de los templarios, al ser abolida la Orden del Temple por Clemente V, dicen que Yahuda aportó la técnica para que los nuevos templarios portugueses alcanzasen América antes que Colon, siendo una de las bases de su singular riqueza. Pero Arnau, tenía como mínimo

dos problemas, primero era domingo y la Biblioteca Nacional estaba cerrada, y segundo su esposa quería ver la procesión de las palmas en Nôtre-Dame. Si, claro, es fácil, lo habéis adivinado era Domingo de Ramos.

Evidentemente la ceremonia fue espectacular, Nôtre-Dame solo hay una, pero mientras Arnau pensaba si debía concentrarse en la exuberante arquitectura de la catedral de París que tenía delante, o, más bien, pensar en la Jefatura de Policía que tenía justo detrás de su espalda donde empieza la revuelta contra los alemanes en la famosa novela “¿Arde París?”, durante la Segunda Guerra Mundial.

Pero ¿qué se podía hacer en París?, y en domingo, obviamente debía cumplirse el ritual; en los últimos años cada vez que Arnau pasaba por París con su esposa debían comprar un almohadón para el sofá de su casa en las galerías del sótano del Louvre (unas briznas de Luis XIV), un paseo por Palais Royale (para respirar un poco de Richelieu), y tomarse un café en la Comédie Française (un suspiro de Molière).

Cumplido el rito ya era la hora de acercarse a la Gare du Nord, para iniciar la siguiente etapa del viaje. En la vía impertérrito esperaba una de las mejores muestras de los trenes de alta velocidad europeos, en este caso, era el belga “Thalys”, impecablemente rojo, que debía transportar a nuestros viajeros hasta Colonia.

A su hora en punto el tren partió hacia Bruselas en su camino hasta Alemania. Antes de enfrascarse en sus pensamientos, Arnau observó con extrañeza que el famoso Thalys no llevaba pantallas de video para distraer a los pasajeros con alguna película, y para sus adentros, pensó: ¡Qué anticuados!.

La visión de la campiña del norte de Francia pronto embelesó a Arnau y lo transportó a sus reflexiones, si lo había dejado cuando los visigodos en el saqueo de Roma se dice que se habían llevado la “menorah”, el candelabro de siete brazos del Templo de Salomón. Después marcharon hasta el sur de Francia,

estableciendo su capital en Toulouse a través de un pacto con los romanos, después capital en Barcelona, y finalmente en Toledo hasta la llegada de los árabes. Dicen que el tesoro de Jerusalén quedó en el sur de Francia, aunque existen leyendas de todo tipo, y dicen que los cátaros protegían el Grial en el mismo territorio. Por algo, la zona mediterránea del sur de Francia y el norte de Cataluña, históricamente fue conocida como Gotia, tierra de Dios, la tierra de la máxima libertad y cultura en el mundo durante centenares de años, la tierra de la lengua de los trovadores, el provenzal, la lengua del amor. La tierra donde apareció la “cábala” hebraica, la tierra donde el pensamiento se acercaba a Dios. La tierra de la libertad religiosa con los cátaros y sus ideales de sencillez y compañerismo.

A las nueve, ya prácticamente de noche el tren entra en la estación de Colonia. No queda mucho tiempo hasta el siguiente. Pero esta estación tiene algo mágico, si sales a la calle justo enfrente, casi pared por pared está la inmensa e increíble mole de la catedral de Colonia, y además bien iluminada a esta hora.

Es el centro de la ciudad, la catedral con las reliquias de los Reyes Magos, la estación, el río, el inolvidable Rhin, y aquí surgen con fuerza los recuerdos: los Nibelungos, las Walkirias,...

A las diez y media aparece el tren cama que debe llevarlos hasta Copenhague, es alemán. Increíble, el compartimiento produce una autentica claustrofobia aguda, el espacio es francamente ridículo. Por el contrario el empleado del coche cama es enorme, educado, agradable, pero enorme. La siguiente mañana descubrirán que existe una habitación de duchas para todo el vagón. Esto en todos los años de viajes en tren, Arnau aún no lo había visto nunca.

Con o sin claustrofobia, el tren alemán llega puntualmente a Koebenhavn (Copenhague). Pablo, el hijo de Arnau está esperando en el andén, saludos, abrazos, emociones, y caminata inicial por la ciudad. El paseo es emocionante, la ciudad es entrañable, y total hasta las cuatro no sale el siguiente tren. Arnau no puede reprimirse y entra en una librería, cree que la historia de Dinamarca le

interesará, es un país pequeño, que ha hecho grandes cosas, descubrió Islandia, aún es el dueño de Groenlandia, etc. Deambula, curiosear, habla con el librero, hojea libros, y al fin se queda con el sentimiento de un país pequeño, y permanentemente asustado de sus poderosos vecinos a lo largo de la historia: los suecos y los alemanes. Realmente una decepción, no era lo que esperaba.

Ahora el tren es sueco, alta velocidad, pero sueco, el increíble "X2", cruza el mar Báltico por un modernísimo puente y se adentra en la campiña sueca, bosques, lagos, atardecer. El "X2" lleva enchufes para los ordenadores en los asientos, pero, ¿y por qué?, tampoco lleva video. Pero finalmente aquella noche Arnau llega a Estocolmo, meta del viaje.

Al día siguiente Arnau sale a visitar la ciudad, sin pensarlo, se dirige directamente a la isla (Gamla Stan) donde está la ciudad vieja. Las pequeñas calles, llenas de comercios y tiendas son realmente entrañables, pero el camino lleva inexorablemente a la catedral, construida inicialmente como templo católico y ahora luterano, la famosa Storkyrkan, con sus más de setecientos años.

El edificio está bien pero no es muy impresionante, sin embargo, la sutil mirada de nuestro protagonista fija su atención en los tiradores de la puerta de entrada, en ellos forjado en hierro casi imperceptible, está grabado un ojo humano. Pero no un ojo normal, un ojo que mira al frente, no al pasado ni al futuro, sino al frente, y además dentro de un triángulo, en definitiva, el ojo masónico, el que todo lo ve. Y, ¿qué hace esto en un templo luterano?.

Al entrar la sorpresa es mayor, al fondo del templo, enfrente de la puerta, se ve entre sombras, una "menorah", el candelabro de siete brazos judío, pero de unas dimensiones espeluznantes, debe tener unos cuatro metros de alto, cuentan que lleva aquí unos quinientos años. En el púlpito, el fondo está cubierto con una seda azul celeste, pero al acercarse Arnau, con sorpresa, distingue encima de la seda, cuatro letras hebreas, he, vav, he, yod, el tetragrama hebraico, las cuatro consonantes judías del nombre de Dios, con su valor místico de acuerdo con la numerología hebraica, la famosa guematria.

Arnau empieza a estar totalmente descolocado, catedral luterana, símbolos judíos y masónicos, qué sentido tiene, como se puede interpretar, qué consecuencias puede tener. Una cosa es leer libros y otra toparse con la realidad, y no entender nada.

Pero la historia sigue, al lado de la catedral esta el Palacio Real de Estocolmo, enorme, majestuoso, con sus múltiples departamentos y estancias, con el Báltico a sus pies. En un museo en un sótano, Arnau da un respingo, descubre en una vitrina entre otras altas condecoraciones de tipo histórico, una extraña medalla la de la Orden de Jehová, con la leyenda en hebreo.

La agenda le realiza una mala pasada a Arnau y cuando considera que hará la visita a la isla de Gothland, si de donde salieron inicialmente los godos, su familia le indica que el tiempo ha terminado y que ya deben iniciar el viaje de regreso. La decepción es brutal, pero lo compensa comprándose unos libros sobre la isla en la mejor librería de la ciudad.

Deben marchar de Estocolmo, pero los interrogantes son mayores que las respuestas, sin embargo, el tren no espera, de nuevo el increíble "X2", hoy hay más gente porque aquí empieza un largo fin de semana, y esto implica ir en segunda clase, ya no quedaban billetes de otra categoría.

El tren avanza majestuoso, y es el momento de pensar, pero, de repente pasa el interventor del tren pidiendo billetes, y en el vagón en que viaja Arnau, una mujer se pone a discutir con él, parece bastante evidente que viaja sin billete. Y ahí empieza una increíble historia de un tren de alta velocidad sueco, en una estación próxima detienen el tren, y está así, parado alrededor de una hora, hasta que llegan y entran dos fornidos policías con cazadoras verdes y se llevan a la causante del embrollo, entre sus airadas protestas. En España, el tren se habría detenido en la siguiente parada con la policía esperando en el andén, y no haciendo perder una hora de viaje a todos los viajeros de un ferrocarril, no cualquier ferrocarril, sino un alta velocidad, el Estocolmo-Copenhague.

Los dos días siguientes los desplazamientos son en automóvil, ya es hora de descansar de tren, el programa permite deambular por Dinamarca, el castillo en que Shakespeare sitúa la tragedia de Hamlet (Kronborg Slot) que controla el paso más estrecho del Báltico entre Dinamarca y Suecia; el magnífico castillo de Frederiksborg, y, la casa natal de Hans Christian Andersen en Odense,

Arnau solo consigue estar tranquilo durante la primera visita. En la segunda, Frederiksborg empieza a excitarse de nuevo, allí en una galería de pinturas, se queda atrapado por el retrato del historiador Anders S. Vedel de 1578, la cara es lo de menos, al pie aparece un escudo de armas con un ouroboros rodeado de letras en hebreo, y esto ya es demasiado.

Como es conocido el ouroboros es un símbolo utilizado por los alquimistas, representa un dragón o una serpiente enroscada en círculo y que con la cabeza se come la cola, expresa la naturaleza cíclica del universo, el proceso permanente de creación-destrucción, vida-muerte. El símbolo ya era utilizado por los egipcios el 1600 aC., también la cultura china lo ha utilizado. ¿Pero qué hacía este símbolo en el retrato de un historiador danés del siglo XVI?

La fina observación de Arnau, vuelve a funcionar en la visita a la casa natal de H.C. Andersen, el famoso autor de cuentos, su vista se fija en una vitrina, ahí está el certificado de su matriculación en la Universidad, en la lista de asignaturas al lado del latín y el griego, también aparece, si, no es un error, aparece como asignatura el hebreo. ¿El hebreo?

El tiempo de volver ha empezado, y otra vez el medio de transporte es el tren, esta vez desde Copenhague a Hamburgo, para en Hamburgo subir a un coche cama alemán, por cierto bastante viejo, pero no tan estrecho como el de la ida, y ya llegar a París.

El próximo tren será el que más deseaba Arnau el famoso TGV francés que los desplazará de París a Montpellier en unas tres horas y media, será el último alta

velocidad. La salida es de la Gare de Lyon, y queda tiempo, decide dedicar algún tiempo a andar y poner en orden las ideas.

Desde el centro de París, Arnau y su esposa empiezan una larga caminata hacia la Gare de Lyon. Mucho calor, mucho recorrido, y poco tiempo, los nervios no tardaran en aparecer.

A medida que la pareja se acerca al antiguo barrio del Temple, Arnau se va excitando tiene la sensación que en París, la ciudad del Temple puede empezar a encontrar respuestas a sus inquietudes. De repente, ve el anuncio de una de tantas librerías de viejo de París, pero Arnau se pone como loco, dice que como sea quiere pasar por la plaza de los Vosgos, la más antigua de París, no quiere dar más explicaciones.

El anuncio no es para menos, debajo del dibujo de un ouroboro, se lee “Librería de M.Levi, libros antiguos, raros y enigmáticos. Plaza de los Vosgos.”

Arnau tiene la sensación de que puede descubrir la clave de tanto misterio, y anda a grandes pasos presa de la más insólita excitación. Por las callejuelas alcanza rápidamente la plaza de los Vosgos, como dice la publicidad turística la más antigua de París, donde vivió Víctor Hugo, su aire de recogimiento permanece inalterable. Al fondo en una esquina se distingue una vieja librería, Arnau, corre, entra y empieza a curiosear con gran ímpetu. El librero M.Levy, le indica que si desea algo puede ayudarlo dentro del gran desorden reinante. Arnau le indica que busca libros sobre el historiador danés del siglo XVI llamado Vedel, y le comenta su insignia con un ouroboro. Inmediatamente M.Levy cambia de cara, y le invita a pasar a la trastienda, donde después de invitarle a tomar un humeante café le pregunta cuál es su interés en M.Vedel. Nuestro protagonista empieza a darse cuenta que su historia crea un interés quizá exagerado en el librero, pero ...

El librero le indica que el historiador danés Vedel, realmente era un judío de la Provenza, en el sur de Francia, de apellido Vidal, que había dedicado su vida a intentar recuperar los tesoros del Templo de Salomón expoliados de Jerusalén

por los romanos en el siglo I, que tenía un elevado conocimiento de su actividad por ser uno de sus antepasados, de ahí el símbolo del ouroboro. Que Vidal, en su tierra natal, había llegado al convencimiento que el tesoro hebreo y el de los visigodos estaba escondido junto, pero con dos posibilidades, en Gothland (isla del Báltico) o en Gotia (territorio de Narbona en el sur de Francia).

Que en un documento que habían conservado sus padres, y que había pasado de generación en generación a su familia, se explicaba que en el sur de Francia, había quedado escondido el tesoro de Jerusalén y de los visigodos, que por ello, los templarios habían realizado varias expediciones a la zona en su tiempo, realizando diversas excavaciones, que también Yahuda Cresques después de orientar a la Orden de Cristo portuguesa hasta América, había añadido nuevos tesoros a la zona, considerada astral y de buena protección por los hebreos después de su expulsión de Castilla y Aragón. Y que, finalmente, los cataros antes de su destrucción habían conseguido igualmente situar sus tesoros a salvo en el mismo entorno.

Que no era casual que todos estos fenómenos se concentraran en una sola zona, y que además en esas tierras era donde apareció realmente la “cábala” judía, que permitía relacionar el conocimiento hermético, con la numerología de Pitágoras, desde la tradición hebrea.

Lo que tanto extrañaba a Arnau de su visita a Suecia y Dinamarca, tenía según M.Levy una explicación clara, el historiador A.S.Vedel buscando aclarar sus pistas había viajado hasta los países del Báltico, aportando conocimiento y símbolos hebraicos a su entorno, en su infatigable búsqueda del tesoro de Jerusalén. Vedel había estudiado a la Orden de los Caballeros Teutónicos, que creados en Tierra Santa al tiempo que los templarios, habían constituido Estonia y Polonia, alcanzando a dominar durante años después de grandes esfuerzos la isla de Gothland, donde pensaban podía esconderse el tesoro de los visigodos y el del Templo de Jerusalén. Pero habían fracasado, por lo que solo quedaba la alternativa del sur, de Gotia, de Narbona. El problema era donde buscar exactamente.

Finalmente, y a la carrera como siempre, Arnau alcanzó el TGV en la Gare de Lyon, le dio la impresión de un poco viejo, por algo fue el primer tren de alta velocidad de Europa. Pero como no podía ser de otra forma, tampoco tenía video.

A su hora el tren partió majestuoso, alcanzando una gran velocidad en pocos momentos. Los primeros campos y bosques empezaron a distraer a Arnau y rápidamente entró en sus pensamientos. Pero, de repente, vio una hermosa joven en el compartimiento contiguo leyendo un libro en inglés, sobre la historia de los godos, rápidamente Arnau se puso en tensión y no pudo evitar empezar una conversación con Sara, que así se llamaba la joven, investigando sobre su interés por los godos. Antes de cinco minutos la conversación había elevado ya su nivel. Sara era una experta en arte oriental, de origen judío, que viajaba al sur de Francia, en busca de posibles rastros del tesoro del Templo de Jerusalén.

A pesar del viaje, Sara estaba convencida que el tesoro del Templo, así como el tesoro de los visigodos, había sido destruido o repartido en infinidad de destinos. Ella creía que se debía investigar hasta el final, pero, en su opinión, el tesoro en el sur de Francia en la primera mitad del segundo milenio, era el increíble cruce de culturas, tradiciones y pensamientos que habían producido un nivel de desarrollo intelectual, social y humano descaradamente más alto que en el resto de Europa, y que por esto mismo <<el poder>> había decidido en su momento destruirlo.

Arnau seguía con sus ideas de tesoros, coincidencias y casualidades, pero cuando el tren los dejó en Montpellier y se despidieron quedó muy reflexivo. ¿Y si la conclusión a la que había llegado Sara fuese la correcta?.

Con este último pensamiento subió al Talgo Montpellier-Barcelona, ya el último del viaje, un poco antiguo, de chapa ondulada, pero eso sí, con video. Arnau pensó que decididamente Sara tenía razón, el tesoro material no existía, era espiritual. Ya relajado, Arnau bajo del tren en Barcelona, al descender de repente pensó, lleno de excitación, y <<el poder>>, ¿qué era?, ¿quién era?.